

Mucho contento dió esta letra del Gironcillo á todos los moros y moras que estaban en las fiestas, y todavía mas á Fernando Muley. Dada la vuelta á la plaza, hecho su acatamiento al rey, á las damas, á los caballeros y capitanes que allí estaban, se apartó Gironcillo de su escuadron, y yendo á hacer prueba de sus fuerzas, puso en orden diez y nueve ladrillos, y los levantó felizmente. Todos los circunstantes se alegraron de que hubiese hecho tan buena prueba, y él con su escuadron se salió de la plaza tan gallardamente como habia entrado.

Así como se retiró Gironcillo, entró otro valeroso capitán, llamado Abonuaile, natural de Guadix, hombre de cuarenta años y de grandes fuerzas. Traía su escuadron compuesto de gallarda gente y bien armada: la bandera era blanca, con bandas azules y rojas, y pintado en medio un escudo dorado sobre campo verde, con unas letras de oro, que decían:

Quando vea el alameda
De mi Guadix deseada,
De moros será Granada.

No dió poco contento la letra deste bravo capitán á Muley y á cuantos estaban en la plaza. Venía vestido de paño verde aceitonado, con guarnicion de terciopelo negro; y hecha la acostumbrada mesura, apartándose de su compañía se fué al lugar de la prueba, y poniendo sobre los maderos veinte y cuatro ladrillos, los levantó con una sola mano sin pesadumbre; de suerte que bien se dió á entender que podría alzar otros dos mas. Levantó la gente gran vocería diciendo, que el bravo Abonuaile habia alzado mas ladrillos que ningun otro capitán. Abenhumeya se quedó maravillado de tal fortaleza, y dijo que no era posible ver mas. El Habaquí, Abenchoar, y otros capitanes que allí se hallaban, dijeron que le habian visto de un golpe de alfanje hendir un cristiano desde el hombro hasta la cintura, y de otro golpe partir á otro por medio. «Gran fortaleza tiene», dijo Abenhumeya, y yo me holgara que se encontrase con el alguacil mayor de Granada don Pedro Maza para vengar de un golpe semejante á esos que decís la injuria que me hizo quitándome la daga; mas todavía espero que me pague el agravio con la vida y hacienda.» El valeroso Abonuaile, dejando á todos muy contentos de su fuerza maravillosa, hizo dar á su escuadron una fuerte carga de arcabuceria, y se salió de la plaza.

Siguióle luego otro gallardo capitán moro, llamado Alrocaime, de las mismas tierras de Guadix. Era ya de edad madura, y le apuntaban las canas: alto, membrudo, de color moreno verdinegro, cejijunto, grande enemigo de cristianos, y que alcanzaba muchas fuerzas; venía vestido de turquesado, con muchas guarniciones de plata, quitadas de las casullas y frontales de las iglesias de cristianos que habia saqueado. Entró con su escopeta al hombro; su bandera era amarilla, y en medio venía pintado un escudo de plata sobre campo azul, y en el centro una media luna plateada, con una letra, que decía desta suerte:

Si fuerzas han de valer,
Presto se verá en la prueba
Quién el premio y joya lleva
Por su justo merecer.

Venía tan confiado en sus fuerzas este Alrocaime, que daba ya por ganado el premio; y así luego que entró en la plaza, hecho su acatamiento á Abenhumeya, á las damas y capitanes, se dirigió al lugar de la prueba; y viendo que Abonuaile habia levantado veinte y cuatro ladrillos, puso treinta, y dijo que habia de alzarlos, ó morir. Toda la gente principió á susurrar confusamente diciendo que el intento de Alrocaime era imposible; pero él entregando á un paje su arcabuz, llegó, y metiendo la mano por debajo de los ladrillos, los levantó en el aire. Entonces sí que fué la grita, exclamando todos: *Alrocaime ha ganado; por Mahoma, que tiene grandes fuerzas.* Tornando el moro á sentar los ladrillos en su lugar, con gran contento y alegría se fué á buscar su escuadron, y se salió de la plaza, de-

jando maravillados á todos de su esfuerzo hercúleo. Á la sazón ya era muy tarde, y aunque otros muchos probaron sus fuerzas, no hubo ninguno que alzara tanto número de ladrillos como Alrocaime.

Abenhumeya se retiró á su posada, acompañado de la gente del campo y de los capitanes que con él estaban; lo mismo hicieron las damas, yendo hablando todos del esfuerzo y valor de los capitanes que aquel día se habian probado en los juegos. El rey mandó dar á Alrocaime el premio prometido, y aquella noche se pasó toda en grandes fiestas y danzas de moros y moras, quedando para otro día la prueba del que tuviese mas tiempo al hombro un mármol de cuatro quintales de peso.

Venida la mañana, Abenhumeya fué á sentarse en su estrado con todos los capitanes del ejército, muy bien vestidos y ataviados. La plaza se pobló de mucha gente, así como los balcones, ventanas y terrados, en donde se veían muchas y muy lindas damas. Mandó luego Abenhumeya que se trajese de la iglesia un mármol que habia servido para sustentar la pila del agua bendita: era una piedra de seis pies de largo, que pesaba diez y seis arrobas. Inscribióse para la prueba muchos capitanes, cuyos nombres se pusieron dentro de un vaso de plata, á fin de que fueran saliendo por su orden; y también habia allí sobre una hermosa mesa en un reloj de arena. Los capitanes inscritos para la prueba fueron Abenaix, Almózan, el Gorri, Puertocarrero, Zarrea, el Maleh, Abonuaile, el Joraique, Alrocaime, el Habaquí, el Derri, Gironcillo, Caracacha y Mamiaga. En esto comenzó á sonar toda la música de cajas, atabales, añafles y trompetas, mostrando grande alegría, y después de haber tocado largo rato, metiendo Abenhumeya la mano en el vaso, sacó un papel con el nombre del Habaquí; luego sonó una trompeta sola, y el rey dijo en alta voz, de modo que todos le oyeran: *salga el Habaquí.*

Levantóse el valeroso capitán, y se presentó en medio de la plaza, donde estaba el liso mármol, y con la ayuda de otra persona, porque era indispensable, se le echó al hombro derecho, sintiendo gran pesadumbre. Allí se mantuvo á la vista de todos, sosteniendo el mármol con su hombro un largo cuarto de hora, y no pudiendo sufrir mas le dejó caer en el suelo. Quedó el buen Habaquí, al verse exento de aquel peso, como si se descargara de un monte; y mostrando buen semblante, se volvió á su lugar diciendo, que aquella prueba era propia de animales. Al son de trompetas y dulzainas sacó luego Abenhumeya otra cédula con el nombre de Zarrea, el cual tomando el mármol sobre el hombro, apenas pudo sostenerle medio cuarto de hora; y así le dejó en tierra diciendo, que mejor se apartaría á sufrir la descarga de una escopeta que la carga de aquel mármol, y se volvió á su puesto. Tras de Zarrea salió el Derri, y no pudo aguantar el peso mas de otro medio cuarto de hora. Luego salió Gironcillo, que no pudo sufrir el peso ni un momento, sino que luego despidió la mala carga, diciendo, que mas valia pelear y matar cristianos, que someterse á una prueba tan brutal. Tras de Gironcillo salió el Gorri, y no llegó á sufrir el peso medio cuarto de hora, ni tampoco Puertocarrero, que salió después. Tras deste salió el gallardo Maleh, que aguantó un cuarto de hora, mostrando grandísimo esfuerzo; y no pudiendo sufrir mas, soltó el peso en el suelo. El Joraique se siguió al Maleh, y tuvo el mármol encima de su hombro cerca de media hora, quedando toda la gente maravillada de su fortaleza, y diciendo que era hombre de grandísimo valor; pasada la media hora dejó caer el duro mármol, y se volvió á sentar en su puesto. En seguida salió Alrocaime, y luego que le vieron todos pensaron que ganaría el premio, diciendo: «este famoso capitán ganará, pues por su estremada fortaleza aventajó á todos en la prueba de los ladrillos.» Alrocaime tomó al hombro el duro mármol, y sin moverse de un lugar, le sostuvo tres cuartos

de hora, sufriendo inmenso trabajo; cuando vió que no podía pasar de allí se echó fuera, dejando caer el mármol en tierra, maravillándose todos de su esfuerzo. Luego salió el bravo Abenaix, y sufrió el peso del mármol una hora y cuarto, dejando espantados á todos cuantos le miraban. Salió después el gallardo Almózan, y sustentó el mármol hora y media sin cansarse: esfuerzo que asombró á todos; pero tanto quiso sustentar aquel peso, que le reventó sangre por las narices. Tras de Almózan salió el capitán Caracacha, y tomando el mármol sobre el hombro, le sustentó un cuarto de hora. Luego salió su compañero Mamiaga, y no pudo sufrir mas de cuarto y medio de hora. Saltó en seguida el bravo Abonuaile, tomó el pesado mármol, se le puso al hombro, y paseándose con él, aguantó dos horas, con tanto estrépito de la gente que le miraba, que no se oían unos á otros, espantados de que siendo el postrero hubiese ganado la joya.

Sonaron entonces todas las trompetas y chirimías, mostrando grande alegría por la victoria de Abonuaile, y todos los demás capitanes fueron á darle la enhorabuena, y á sacarle de la plaza con grande honra. Mandó luego Abenhumeya que se le diera el premio prometido. Con esto cesó la fiesta y prueba de aquel día, quedando para otro la del salto; y así aquella noche se pasó como la anterior en grandes fiestas, juegos y danzas. Venida la mañana se aderezaron todos los que habian de saltar, señalándose los mismos catorce capitanes; y cuando Abenhumeya se dejó ver en su estrado acompañado de la gente mas principal de su ejército, principió la prueba del salto al sonido de mucha música que resonaba por todas partes. El primero que saltó fué el Gorri, y de tres saltos alcanzó diez y nueve pies; no habiendo podido saltar mas, porque desbarró al primer salto, y se descompuso. Saltó luego Puertocarrero, y alcanzó veinte y cinco pies; Zarrea veinte y cuatro, Abenaix veinte y siete, Almózan veinte y ocho, el Maleh treinta, Abonuaile veinte y ocho, el Joraique treinta y cuatro, Alrocaime treinta y seis, el Habaquí veinte y nueve, el Derri treinta, Caracacha treinta y dos, Mamiaga, su compañero, treinta; pero Gironcillo, que era suelto como un pensamiento, saltó cincuenta pies. A este pues se le dió el premio prometido al son de muchas trompetas y atabales.

Pasóse en otras fiestas de placer el resto deste día, y para el siguiente quedó aplazada la prueba de los corredores.

Primeramente se le designó la carrera, que era de una media legua cumplida, hasta la plaza en donde estaban puestas las joyas que se habian de ganar. Era usanza entre moriscos tomar espacios muy largos, y los corrían desnudos, cubriendo solamente las partes ocultas con pañuelos. Juntáronse para correr mas de cien personas; pero ganó la joya un morisco de la villa de las Cuevas, llamado Alhexari, que era uno de los mozos mas sueltos que habia en el reino de Granada. Se le dieron sus premios, y Abenhumeya le dió también á Puertocarrero diez ducados, porque casi llegó á la par de Alhexari, solo que este tendió antes la mano y tomó la vara de las joyas.

Pasado este día, quedaba para el venidero la prueba de quién tiraría mas largo un canto de media arroba. Para esto se reunieron en la plaza como en los dias anteriores con Abenhumeya los caballeros, capitanes, damas y todos los demás concurrentes; y habiendo tirado todos los que se presentaron á la prueba, ganó el premio un soldado turco de Arjel, que se llamaba Mostafá, y era natural de Constantinopla. Mucha satisfacción y contento causó al bando turco ver que un paisano suyo habia ganado aquel premio en España.

Pasado este día quedaba destinado el siguiente para probarse los tiradores de honda, estando ofrecidos al que mas centero tirara con ella diez ducados. Llegado el otro día por la mañana, todos los capitanes hicieron reseña de sus

escuadras, y entresacaron dellas á los honderos, que eran aquellos que no tenían armas: destos habia muchos á principio de la guerra, pero ya quedaban muy pocos, porque todos los demás se hallaban bien provistos de armas; de tal suerte, que solamente se hallaron ciento y cuarenta soldados honderos en todo el campo. Los juntaron haciendo dellos un escuadron, y les señalaron capitán para su entrada en la plaza, la cual hicieron con muy buen orden. Se puso á doscientos pasos, sobre un madero de la altura de un estadio, una rodela grande para que sirviera de blanco á los tiradores; la rodela era blanca con un pequeño círculo negro en medio, y en el centro deste un punto blanco, á fin de que quien diera dentro dél, ó mas cerca, ganase la joya de diez ducados prometidos por Fernando Muley. Dispuesto esto así fueron tirando uno á uno todos los soldados, y hubo muchos que hicieron estremados tiros, ya dando en la rodela, ya muy cerca della; de suerte, que se hallaron noventa y seis tiros dados con tanta fortaleza dentro del círculo de la rodela, que se hallaba ya casi deshecha, y el que mas pegó en el blanco del punto céntrico della fué un mancebo moro llamado Alcolayar, natural de Oñáñez. A este se dió el premio de los diez ducados, y después todo aquel escuadron hondero principió á disparar piedras con sus hondas por el aire, metiendo tanto ruido como si fueran descargas de arcabuceria, de lo cual se quedaban todos maravillados.

Contento del ejercicio Muley Abenhumeya dijo: «realmente me ha gustado el escuadron de los honderos, y me parece que pueden hacer grande efecto en cualquiera ocasion.» Contestaron todos los capitanes, que aquellos honderos siempre se habian mostrado bravos, y distinguióse en dañar á los cristianos. Con esto se acordó que principiaran luego las danzas; y poniendo la plaza muy aderezada para el caso, tendidas muchas alfombras, todos los sujetos mas principales de la hueste se sentaron á la redonda, y Abenhumeya en su estrado presidiendo la función. Reunidos muchos instrumentos para formar la orquesta, pensaron que para aquel propósito serian preferibles el laud y la sonaja; y así, colocados los músicos en su lugar, comenzaron á salir muchos mancebos moros, y danzaron uno á uno maravillosamente, de tal manera, que los jueces no se atrevían á declarar quién lo hacia mejor. Bailó Gironcillo con una mora hermosísima, natural de Almanzora, la cual dió tanto contento á todos, que el reyecillo mandó darla diez ducados y una marlota de seda. Luego entró á danzar Puertocarrero con otra mora muy hermosa también, y danzó con mas elegancia todavía que Gironcillo; y como la mora lo hizo igualmente bien, mandó Abenhumeya que á la mora se la diesen diez ducados y una rica marlota, y á Puertocarrero el premio de la danza, que era una hermosa ropa de seda.

Luego salieron á bailar las moras solas, y hubo muchas que lo hicieron gallardamente; siendo la última que danzó la hermosa Luna, natural de Purchena. Salió la mora ricamente vestida de una marlota de damasco verde alcahofado, guarnecida de flecos de oro; sacó un zaragüel de cambray muy delgado y muy rizado, y zapato de terciopelo azul, guarnecido de oro; el tocado era maravilloso, y el cabello tan bien puesto, que hubiera podido enlazar con él al mismo dios de Amor; encima de la cabeza traía una delgada toca, tan clara, que no impedía de ver á los ojos lo que encubria; sacó en las manos un rico almaizal labrado en Tunez de fina seda de muchos colores, y los cabos de oro; daba mucho gozo con su vista. Esta hermosa mora danzó sola, y tan gallardamente, que á todos dejó enamorados, así de su belleza como de su donaire y gracia; y luego que acabó hizo su mesura á Muley, á los caballeros y capitanes que le acompañaban, y volvió á sentarse en su puesto con las demás damas. Mandó luego el reyecillo que la diesen una rica marlota de terciopelo azul, guarnecida de oro y ricamente labrada, y juntamente

